

UNIVERSIDAD NACIONAL
Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje

MEMORIA
DEL VI CONGRESO DE FILOLOGÍA,
LINGÜÍSTICA Y LITERATURA
«VÍCTOR MANUEL ARROYO»

MARGARITA ROJAS G. Y CARLOS FRANCISCO MONGE (EDS.)



1997

468

C749m Congreso Nacional de Filología, Lingüística y Literatura Víctor Manuel Arroyo (6a. : 1995 set. 27-29 : Heredia, C.R.)

Memoria / ed. a cargo de Margarita Rojas G. y Carlos Francisco Monge. -- Heredia, C.R. : [Universidad Nacional. Escuela de Literatura y Ciencias del Lenguaje]. 1997.

378 p. ; 21 cm.

ISBN : 9968-9863-0-5

FILOLOGÍA; LINGÜÍSTICA; LITERATURA; LITERATURA COSTARRICENSE; LITERATURA HISPANOAMERICANA; ESPAÑOL SEGUNDA LENGUA; ENSEÑANZA; ARROYO SOTO, VÍCTOR MANUEL; DUVERRÁN, CARLOS RAFAEL; CONGRESOS. I. Rojas González, Margarita. II. Monge Meza, Carlos Francisco. 1951-

JOVELLANOS Y GOICOECHEA: DE CÓMO COMBATIR LA POBREZA

JUAN DURÁN LUZIO
Universidad Nacional

José Antonio de Liendo y Goicoechea dedicó uno de sus ensayos más extensos a reflexionar «Sobre los medios de destruir la mendicidad y de socorrer a los verdaderos pobres de la villa de Nueva Guatemala»; dicha memoria se redactó en 1796 por petición de los miembros de la Sociedad Patriótica de Amigos de Guatemala y se publicó allí al año siguiente¹. Se proponen en ella ordenanzas para regular la conducta de los pobres y remedios para aliviar su situación; también se discuten y detallan las reglas que deben regir las instituciones de beneficencia en esa pujante ciudad de fines del siglo dieciocho.

Goicoechea había nacido en Nueva Cartago de Costa Rica en 1735, y de niño partió a estudiar a la capital del Reino de Guatemala, en donde vivió el resto de sus días dedicado al ejercicio de la docencia. Tomó allí hábitos con los franciscanos y su fama proviene, sobre todo, de la renovadora labor que desempeñó como profesor de varias disciplinas en la Universidad de San Carlos.

Hombre abierto a todos los desafíos que proponía el pensamiento racionalista de esos días, Goicoechea dedicó esas prolijas páginas al asunto de la pobreza no sólo como sacerdote; tampoco escribe a manera de denuncia de una situación, lo que entonces no era costumbre, sino como desarrollo de una propuesta razonada para hallar solución de una dificultad que atañía a la sociedad toda: era un problema cuya solución debía apelar a la inteligencia.

1. Medina describe así esta obra: *Memoria sobre los medios de destruir la mendicidad, y de socorrer los verdaderos pobres de esta capital* (Nueva Guatemala: por D. Ignacio Beteta, 1797) vol. en 4º de 48 pp., José Toribio Medina, *La imprenta en Guatemala (1660-1821)* (Santiago de Chile: En casa del autor, 1910), 341. Las citas que de esta obra aquí se hacen corresponden a la versión publicada como apéndice al n. 2, a-o 2, de la *Revista de los Archivos Nacionales* (San José de Costa Rica) 2, n. 2 (1938) 31-45.

Desde principios de ese siglo, tanto en Inglaterra como en Francia, entre los países primeros, se coincidía en señalar la necesidad de la intervención pública para encontrar soluciones apropiadas a ese mal. La caridad que predicaban y practicaban las iglesias cristianas era insuficiente e ineficaz, porque era motivada y se encausaba sobre todo por los sentimientos. Se pensó incluso en otro tipo de medidas, algunas restrictivas, como prohibir la presencia de los mendigos en las calles, o en otras más benevolentes como la creación de hospicios². Y no se crea que el tal era un problema secundario: el número de desposeídos había crecido demasiado en Europa; es de consenso afirmar que la naciente industrialización atrae desde los campos hacia las factorías a grupos de gentes a todos los cuales no puede dar ocupación. En ese proceso se deshacen pronto las familias y, desde allí, se genera una de las caras más odiosas y más preocupantes de la pobreza: la de la mendicidad³. Así, en 1791, en pleno fervor revolucionario y democrático, se forma en París un *Comité de Mendicité*, lo que comprueba las preocupaciones de los nuevos personeros públicos por dar a ese creciente problema una respuesta acorde con los proyectos nacentes. He aquí, pues, una paradoja que apasiona a los historiadores de la cultura: el siglo de las luces, *le grand siècle*, a pesar de su suntuosidad y sus logros intelectuales, de la nobleza de sus ideas fue, para una enorme mayoría, un siglo de pobreza, sufrimiento y suciedad. Por lo mismo, derrotar la miseria se convierte en un formidable desafío para los filósofos, los políticos ilustrados, por dos causas centrales: la población de necesitados ha crecido de modo alarmante y, por su aumento, ha llegado a convertirse en una amenaza muy concreta del orden y las jerarquías nacionales. La solución de este mal, se deduce, debería inventarse mediante la aplicación metódica de la razón a las causas del problema. Se empezaba a creer entonces que el poder del pensamiento llevaría al ser humano a dominar toda clase de males, y en especial aquellos generados en el interior del complejo cuerpo social.

En el vasto imperio de habla española y durante la segunda mitad del siglo dieciocho, la pobreza y los modos de asistencia a los pobres son asunto de la

2. Véase al respecto el notable artículo de Olwen H. Hufton, «Vida y muerte entre los más pobres», *El siglo XVIII. Europa en la época de la Ilustración* (Alfred Cobban ed., traducción de José Balil Giró, Barcelona: Labor, 1974) 293-310.

3. Sobre este punto escribe Olwen H. Hufton: «Especialmente en Inglaterra, este período puede considerarse simplemente como de adaptación penosa a las nuevas circunstancias: la transición gradual, por ejemplo, de la familia como unidad básica de producción al gran complejo industrial que absorbió la producción del hogar y, por tanto, hizo pedazos todo el sistema en que se apoyaba la economía familiar. Además, cada país tenía problemas peculiares en algunas áreas: aquellas que estaban superpobladas en relación con sus recursos y vomitaban su exceso de habitantes sobre áreas vecinas, con el consiguiente efecto desastroso de universalizar la miseria», 296.

mayor preocupación para las mentes ilustradas, tanto en la Península como en las colonias. No debe sorprender, pues, que un profesor y erudito centroamericano se haya detenido a reflexionar y escribir sobre el tema. Menos todavía cuando lo hace respondiendo a una solicitud de la ya prestigiosa Sociedad de Amigos de la Patria, círculo que congregaba a lo más selecto de aquella capitanía general.

La pobreza, que había sido prácticamente desconocida en el Nuevo Mundo precolombino, llega también aquí a un punto elevado durante la segunda mitad del dieciocho; esto debido en parte al aumento poblacional que se registra entre los indios, ya del todo marginados del ámbito competente de la economía de mercado introducida por los europeos; debido al aumento de la esclavitud y de la emigración española. Los indios, el sector poblacional más numeroso, quedaba atrapado en esa red económica sólo como contribuyente⁴. Por otra parte, la actividad comercial e industrial centrada en las ciudades comienza a propiciar concentraciones de población en los centros urbanos y tal es el caso que presencia Liendo y Goicoechea en la ciudad de Guatemala.

Más allá de ser esta una preocupación que también empezaba a generalizarse en las colonias, conviene proponer que acaso el prestigio de la pluma y la mente de Melchor Gaspar de Jovellanos hizo que aquí se prestase una atención más razonada a tales asuntos. En efecto, la figura ejemplar y precursora del admirado intelectual Jovellanos se había referido varias veces al problema y, en especial, en un comentado discurso dirigido a la Sociedad de Amigos de Sevilla en 1778, el cual bien pudo tener ecos en América, no sólo por la posición de que gozaba Jovellanos como político, educador y animador cultural, sino por ser Sevilla y Cádiz vías de comunicación bastante directas con América, adonde ya había grupos de ciudadanos de avanzada muy atentos a sus ideas.

En Guatemala, la Sociedad Económica de Amigos del País, la cual cuenta a Goicoechea entre sus miembros fundadores, había sido creada en 1794 a imitación de sus modelos españoles, animados incansablemente por Jovellanos; entre estos grupos de americanos cultos y comprometidos no se desconocía la obra

4. «En general, en el transcurso del siglo XVIII se produjo un notable incremento de la población hispanoamericana. En algunas regiones el aumento poblacional superó el 50%. Gracias a ello, finalmente, se logró revertir el constante descenso demográfico, característico de Hispanoamérica desde los inicios de la presencia española en el continente americano. Pero los cambios en la población no sólo fueron de carácter numérico, sino también de tipo étnico-social [...] Al iniciarse el siglo XVIII, el total de los ingresos provenientes de la tributación indígena, recaudados por la Real Tesorería de la Audiencia de Guatemala sumaban la elevada cifra de 286.923 pesos, constituyendo el 78,5% de los ingresos de la Real Hacienda», Héctor Pérez Brignoli (ed.), *Historia General de Centroamérica III. De la Ilustración al Liberalismo (1750-1870)* (Madrid: Sociedad Estatal Quinto Centenario, 1993) 18 y 22.

docente ni política del iniciador de la educación científica en España. Y qué duda cabe que hay, además, una especial afinidad entre el temperamento recto y docente de ambos hombres. Resulta tan curioso como útil recordar que, así como Liendo supo de la obra de Jovellanos, éste también supo de la labor y calidad del franciscano costarricense: esa misma Sociedad Económica de Guatemala solicitó una mitra para Liendo en el año de 1798, y entonces no encontró a nadie más propicio en España para dirigir su petición que la persona distinguida del ministro de Gracia y Justicia del rey Carlos IV, Gaspar Melchor de Jovellanos. La gestión en favor de Goicoechea no prosperó, y la explicación de tal fracaso la ofreció ya hace años Ricardo Fernández Guardia⁵.

No se trata en esta ponencia de buscar contactos personales entre Goicoechea y Jovellanos, o de catalogar lo que hay de un autor en el otro, ni nos referimos al tipo de correlaciones que se ha llamado influencias; tampoco de referirnos al proceso más interesante de una formación discursiva sobre la pobreza; es decir, a la aparición en los textos de un grupo léxico que expresa y codifica el conjunto de relaciones existentes en un hecho social. Se trata aquí de mostrar cómo las mentes de estos dos ilustrados hispánicos coinciden en señalar un problema presente en sus medios y en exponer cómo ambos diseñan una propuesta razonada y orgánica para detener la mendicidad y con ello aliviar una de las caras más odiosas y fraudulentas de la pobreza⁶.

Es preciso insistir en que los textos aquí comentados no son obras de ficción, de creación literaria en un sentido estricto, sino tratados, memorias, escritura no ficcional ni imaginaria. Escritura, tan dilecta, por lo demás, a los creadores del siglo XVIII, absortos en un tipo de discurso conceptual capaz de abrir espacio al debate de ideas para responder a las preguntas que su época descubría. El escritor es en parte un pensador, y viceversa. Una visión de la historia literaria diversa de la tradicional es la que nos hace girar hacia el estudio de textos donde se estructuran nociones más que imágenes y, sobre todo, nociones acerca de la formación del heterogéneo organismo social hispanoamericano.

El pensamiento varía, por la formación sobre todo, y los autores que nos ocupan muestran una diferencia básica entre estos textos: mientras Jovellanos, después de un par de consideraciones generales sobre la pobreza y los hospicios, válidas para toda España, pasa a discutir un listado de propuestas y recomendaciones

5. Ver Ricardo Fernández Guardia, «Carlos IV y el padre Goicoechea», *Revista de Costa Rica*, V, 3 (1924) 57-63. Esta crónica había aparecido ya en *Pandemonium*, 43 (1904).

6. Un análisis muy ilustrativo sobre este tema en el siglo XVIII se lee en Jacques Soubeyroux, «El discurso de la Ilustración sobre la pobreza», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, xxxiii, 1 (1984) 115-132.

bastante prácticas y útiles para Sevilla, Goicoechea recurre a ilustrar su escrito con pasajes de la Biblia o de autoridades cristianas para sustentar sus apreciaciones sobre los pobres de Guatemala; y su erudición al respecto no es nada escasa. La diferencia de procedimientos es comprensible: el último es un miembro de la iglesia católica y Jovellanos es un político y pedagogo renuente a la influencia eclesiástica. Goicoechea, podría afirmarse, representa la faz católica de la Ilustración americana mientras el asturiano, discípulo de la escuela laica, se mueve iluminado por sus experiencias prácticas y por su incomparable sentido común.

Sin embargo, a pesar de esta diferencia de fondo, hay al inicio del texto del cartaginés unas afirmaciones que parecieran bosqueja el perfil luminoso del intelectual más admirado de esos días; escribió Goicoechea:

No es menos de considerar la reflexión que hace un sabio político, llamando a los hospicios medios injustos e inhumanos. Dice que se debe forzar al trabajo a los tunantes, los ociosos y perjudiciales; pero que esta violencia es injusta respecto de innumerables pobres quietos, pacíficos y de buenas costumbres que por haber perdido un miembro, por falta de sus padres, por enfermedad, por vejez o por otro cualquier accidente se encuentran reducidos a la mayor miseria. Añade este sabio exponiendo los inconvenientes que resultan de la unión de los malvados con los inocentes, que están obligados a ver continuos malos ejemplos y provocativos discursos a todas horas: de manera que poco a poco se van familiarizando los buenos con los malos, perdiendo temor a los pecados, a la justicia y a Dios (p. 34).

Bien puede aludir aquí Liendo al discurso leído por Jovellanos en la Sociedad de Amigos de Sevilla⁷.

Como el pensador asturiano, propone el sacerdote cartago en su texto un primer desafío a la razón: que no pasen por la criba de la verdadera pobreza los

7. Ha escrito Jovellanos en su «Discurso acerca de la situación y división interior de los hospicios con respecto a su salubridad», pronunciado en Sevilla en 1778, frases como las siguientes: «La cuestión es: sin conviene establecer hospicios generales adonde se recogan indistintamente todas las clases de pobres, desvalidos, robustos o impedidos de un estado. La práctica está por la afirmativa y la razón por la contraria. Yo manifestaré brevemente los inconvenientes que se siguen de la primera opinión, hablando siempre con respecto a mi cargo (...) ¿Qué males no produciría la mezcla y confusión de estas gentes bajo un mismo techo? (...) ¿Qué aprenderá una huérfana inocente de una ramera pública? ¿Qué enseñará a un mozuelo incauto un chusco vicioso y corrompido?», *Obras publicadas e inéditas de Don Gaspar Melchor de Jovellanos*, colección hecha e ilustrada por don Cándido Nocedal, Biblioteca de Autores Españoles 50 (Atlas, 1952) 431-433.

holgazanes y vagabundos junto con los auténticos necesitados: no son dignos de ninguna ayuda aquellos que son pobres porque no desean trabajar y por no trabajar son pobres, pues el dilema conduce a la pregunta de si ¿ganarán solo por su carencia de bienes materiales el reino de los cielos? No, refuta un Liendo categórico: la recompensada será la pobreza de espíritu, sólo ella será premiada: es decir, la simpleza, la inocencia. Para él era hora de analizar estos prejuicios y de exterminar esa y otras confusiones acerca de aquel estado porque, afirma, «Excluidos los dichos robustos holgazanes, queda en menos de la mitad el número de pobres de esta capital de Guatemala» (p. 38). Y esos son los únicos dignos de un hospicio y de la ayuda organizada de la sociedad; este es un franciscano de los que no creen en la limosna —como Jovellanos— por eso su descripción de un hospicio modelo es la de un lugar de trabajo y salubridad; limpio y controlado, y destinado a la enseñanza y el aprendizaje. El hospicio debe ser un taller, una escuela; se necesitaba un remedio racional para este mal y se lo ve en la educación antes que en la caridad. No a la limosna, que es superflua y no soluciona nada; la limosna mantiene el ocio, y el ocio improductivo es un pecado porque no genera nada y, eventualmente, se toma lo de otros. Jovellanos como Liendo intuyen que la caridad tradicional no iba a ser capaz de solucionar un problema económico y demográfico; además, la caridad se ejercía solo como un acto de compasión y nunca como un acto de racionalidad.

Se puede decir que en el pensar y en el hacer de Goicoechea hay bastante de Jovellanos; y hay especialmente en su vocación por enseñar, por hacer de la instrucción una vía para derrotar la ignorancia y el mal. Nada sorprende, pues, que ambos textos coincidan en el empleo de voces como aplicación, limpieza, higiene, trabajo, ventilación, salud, disciplina. Si es cierto que los postulados neoclásicos tienen en este momento vigencia, el centro lo ocupa la preocupación por hacer de los conocimientos nuevos y experimentales un vehículo hacia la superación de las limitaciones del ser humano. Una de estas limitaciones vejatorias es la pobreza; de aquí que la enseñanza y la educación se decanten como los instrumentos indispensables para su erradicación.

Las palabras con las cuales Liendo y Goicoechea concluye su escrito son en sí mismas una declaración de principios de una mente de la Ilustración:

Ya verá el lector que en este papel no he hecho otra cosa que amontonar reflexiones y pensamientos útiles, para que se puedan adoptar los que se contemplen más oportunos y acomodados a las circunstancias. No ha sido otro mi ánimo que concurrir de mi parte al bien del público, de quien

dependo; y protesto que suscribiré con gusto a otro cualquier parecer más acertado. Quiero lo que se adapte al bien común, y no lo que se acomoda a mis particulares ideas (p. 44).

Pensar para escribir; escribir los pensamientos, y ello, en beneficio de la sociedad. Dos hombres sobresalientes, Jovellanos y Goicoechea se encuentran en ese fin que también es el fin de sus vidas de maestros y escritores.

Terminan aquí estas notas sobre un asunto que cien años después iba a cobrar una dimensión mucho más ficticia, más literaria, no digo por ello que menos verdadera en las páginas de novelas y cuentos de los autores naturalistas, quienes fijarán para siempre el tema como parte del repertorio de las letras universales. Esos textos del siglo XVIII habían sido una llamada primeriza aunque premonitória hacia el tratamiento reflexivo y por escrito de aquella condición dolorosa del ser humano que le impedía su felicidad; y hallar la felicidad por medio racionales, comenzando por el ordenamiento social, fue una de las metas más sobresalientes de la Ilustración.

Impreso en el Programa de Publicaciones e Impresiones
Universidad Nacional
920076—PUJNA